

# El drama del Calvario

[Poema - Texto completo.]

Pedro Bonifacio Palacios (“Almafuerte”)

Giró el genio en derredor  
después de pisar la cumbre;  
y una fantástica lumbré  
llenó a la sombra de horror:  
y un gemebundo clamor  
taladró la inmensidad,  
y se hundió la humanidad  
sobre su propio esqueleto;  
y reveló su secreto  
más hondo la eternidad.

Siniestra, cárdena lumbré  
bañó la faz del calvario,  
cual un ardiente sudario  
flotando desde la cumbre:  
bajo la negra techumbre  
del éter vago y profundo,  
aquel surgir iracundo...  
brutal de la claridad...  
era quizás, ¡la verdad  
mirando una vez al mundo!

Palmario, el Gólgota, frío,  
quedó en los aires desiertos,  
con sus dos brazos abiertos,  
predicando en el vacío...  
Y entonces, como en estío  
los insectos en los faros,  
innominables, ignaros,  
surgiendo del horizonte,  
rodeaban la cruz y el monte  
todos los muertos preclaros.

De la honda, azul entraña  
llovían monstruos y santos:  
y eran tales, y eran tantos,  
¡que gemía la montaña!...  
Desde la torpe alimaña  
del alma vil de Nerón,

al concepto, a la noción  
más alta del supergenio,  
en aquel breve proscenio  
¡tomaron colocación!

De aquella invasión mortuoria  
quedó repleto el calvario;  
resonante, tumultuario  
¡cuál una copa de gloria!  
Bajo el tropel de la historia  
trepidaban sus cimientos,  
y se hundía por momentos,  
cual una nave inundada...  
cual una frente cargada  
¡de sombríos pensamientos!

Tremenda, enorme, sin par,  
genial, feroz batahola,  
lo mismo que cada ola  
¡lanzando un grito en el mar!  
Formidable resollar  
de las almas con bandera,  
que imaginar no pudiera  
aquel que no imaginase,  
que al mismo tiempo bramase  
¡cada punto de la esfera!

Toda pasión, toda vida,  
toda excelsitud pasada,  
desde la cumbre sagrada  
quería ser comprendida...  
Y como la palma erguida  
sobre la mutable arena,  
presidiendo aquella escena  
con dulce, con noble ceño,  
yacía Cristo en su leño  
¡cual una blanca azucena!

Los humanos, los vivientes,  
los que todavía somos,  
con toda el alma en los lomos,  
estaban allí presentes:  
Pensándose delincuentes,  
del genio ante los secretos,  
mustios, miserables, quietos,  
inanimados, pasivos  
se reducían los vivos  
¡en sus propios esqueletos!

Y en el valle acurrucada,  
yacía la humanidad,  
tal vez sin otra ansiedad  
¡que la ansiedad de la nada!  
Ni un gesto, ni una mirada,  
ni un suspiro producía,  
en tanto que recibía,  
genial, vibrante, notoria,  
la confesión de la gloria  
¡sobre su testa vacía!...

Poco a poco, lentamente,  
todo el mundo quedó calmo,  
lo mismo que palmo a palmo,  
va cediendo la creciente;  
de aquel clamor prepotente  
ni leve rumor se oía,  
de aquella loca porfía  
ya no sonó ni un reproche  
y en el silencio y la noche  
¡quedó la extensión vacía!

Perfecto, conciso, frío,  
quedó el calvario a la luz,  
con sus dos brazos en cruz  
acariciando el vacío.  
Y en el silencio sombrío  
del aire y de las esferas  
aquella lumbre de hogueras  
demostraba sin rumor  
la impotencia del amor,  
¡en una raza de fieras!